

Palabras del Excelentísimo Sr. D. José María Serrano Sanz

“General, aquí tenéis mi espada que ha vencido en cien combates” habría dicho con un punto de orgullo el general Dupont en Bailén. “Pues la mía, es el primero que gana” habría contestado un Castaños modesto, cargado de sorna o acaso finamente irónico. Esta es la escena que nos contaban a los escolares de mi generación la primera vez que oíamos hablar de la Guerra de la Independencia. Una escena, cierta o inventada, que nos trasladaba a una épica de David contra Goliat imposible de olvidar. Desde entonces siempre leo con gusto los buenos libros sobre la Guerra de la Independencia, como el que hoy presentamos. Porque es uno de nuestros grandes temas historiográficos.

* * *

¿Cómo habría sido la matriz de la España contemporánea sin la Guerra de la Independencia? Apenas cabe imaginarla. Como no le cupo a Benito Pérez Galdós cuando la recreó, pues allí comenzó sus maravillosos *Episodios Nacionales*, la gran novela histórica de nuestro XIX. En realidad, como es notorio, los empezó en Trafalgar, pero esto, no fue sino una prueba más de sus dotes de historiador, pues la batalla de 1805 fue, en realidad, el prólogo de la propia Guerra, como precisamente se aprecia en el libro de Emilio de Diego. Y no sólo el escenario o los temas, también los personajes galdosianos de aquella primera serie nos resultan por completo familiares, mientras nos habrían parecido ajenos el mundo o los caracteres dieciochescos.

Sensación de arcaísmo que, por cierto, nos aparece abiertamente un momento en un coetáneo del conflicto, en Francisco de Goya y Lucientes. Cuando contemplamos sus pinturas de antes de 1808, así los cartones para tapices o ciertos cua-

dros como la pradera de San Isidro no se puede evitar la impresión de estar ante el mundo “de antes de la Revolución”, como dijera Talleyrand. Pero el arcaísmo se desvanece por completo al mirar de frente los fusilamientos de la Moncloa o los grabados de los desastres. Entonces Goya parece vivo, fresco y contemporáneo, porque la guerra fue también para su estética un proceso de maduración indudable.

Y es que la Guerra de la Independencia fue la frontera de la modernidad, en la estética como en la historia. Rica en matices e incluso, sin paliativos, compleja, es difícil encontrar una interpretación compacta y sin cabos sueltos de la misma. Por eso los historiadores vuelven una y otra vez a aquel conflicto singular. Buscan algunos un difícil equilibrio interpretativo del episodio y alimentan otros la esperanza de encontrar nuevas claves que iluminen aspectos recónditos de nuestra trayectoria anterior o posterior. Porque aquella que Emilio de Diego llama “nuestra guerra nacional por excelencia” sigue siendo un crisol donde se funden toda clase de interpretaciones y cuya luz ilumina con tonos nuevos hacia atrás el siglo de las luces y hacia adelante la larga lucha del liberalismo español por imponerse en el XIX.

La Ilustración española acaba viéndose desde la Guerra menos impresionante: un lento y premioso despertar en el que apenas habían empezado a coserse las múltiples costuras abiertas en los dos siglos anteriores. Una época de aparente esperanza, cuya imprevisión quedó al desnudo con la falta de preparación militar, las reiteradas torpezas de la política exterior y el abandonismo americano. Un tiempo en el cual las élites no estuvieron a la altura de las circunstancias, desbordadas por la aceleración del tiempo europeo.

La Guerra, en cambio, comenzó con el protagonismo del pueblo tras la ópera bufa representada por la Corte en tres actos sucesivos, en El Escorial, Aranjuez y Bayona. Ese protagonismo del pueblo movió a los historiadores liberales del XIX a mostrar por el episodio un completo entusiasmo. Como que representó para ellos la aparición del pueblo en escena: “Jamás pueblo alguno se alzó en su propia defensa ni más unánime ni más imponente”, decía Modesto Lafuente. Aquello era ya la soberanía nacional en acción; en cierta manera el momento fundacional de un nuevo Estado nacional, unívoco o unitario en sentimientos, por superación del viejo mosaico de reinos preexistentes. En lo que el liberalismo tenía de refundación, aquí estaba el acta de nacimiento de la nueva España.

Un mito con sólidos fundamentos en la realidad, importa decirlo. Porque el levantamiento de la primavera de 1808 fue un acontecimiento singular, como la propia continuación de la resistencia y no sólo en términos españoles sino internacionales. Stuart Woolf, que ha estudiado las respuestas europeas a las conquistas napoleónicas, concluía: “La resistencia española fue de una naturaleza distinta” a las demás; la única que puede calificarse propiamente de tal.

De manera que es lógica esta vuelta de los historiadores, una y otra vez, a ese acto fundacional de la España contemporánea. Y ¿qué nos propone Emilio de Diego para visitar aquella España en el libro que presentamos hoy, *España, el infierno de Napoleón*? Nos propone una mirada esencialmente centrada en la historia militar del conflicto. No se trata, en consecuencia de una historia global del período, donde lo político y lo bélico se entremezclen y a veces se oscurezcan mutuamente. Sino que se ha adoptado un enfoque específico, lo que, en mi opinión, es uno de los tres aciertos indudables de planteamiento que tiene el libro. Los otros dos son la estructura dual y la minuciosidad cronológica. Veamos ambos con más detalle.

La estructura dual divide el libro en dos grandes partes: “Las claves de la guerra” y “Lucha armada y revolución política”. La primera permite enmarcar la guerra en el fresco histórico en el cual se desarrolla, examinando uno a uno los grandes condicionantes: el entorno político, las relaciones internacionales, la hacienda de guerra o los actores de la contienda, entre otros. Esta primera parte da un indudable equilibrio interpretativo al conjunto, del que carecen muchos textos sobre el periodo.

La segunda parte consiste en un relato férreamente cronológico de la propia guerra. Un relato ordenado y minucioso que ayuda a formarse una idea clara tanto del devenir de la guerra como de los rasgos de cada uno de los ejércitos participantes, de los dirigentes militares o de las estrategias en presencia.

Y hasta del propio carácter de aquella guerra, pues durante largo tiempo ha estado en discusión hasta su mismo nombre: de la Independencia en la tradición española y peninsular en la anglosajona. Un debate aparentemente estéril si nos atenemos a la literalidad de los nombres, pues en el fondo son perfectamente compatibles ya que aluden a objetos distintos. Guerra de la Independencia tiene una connotación conceptual, mientras la otra es geográfica y descriptiva. Sin embargo, es cierto que la primera está cargada de simbolismo y la segunda resulta extremadamente aséptica, sin referencia siquiera a una península en particular. Pero es verdad, como sostiene Emilio de Diego y se ve en su relato, que ambos nombres tienen sentido, porque la guerra en Portugal estuvo íntimamente vinculada a la lucha en España.

Otro aspecto que resalta muy bien en su relato de la segunda parte es la continua mezcla de lucha dinámica y estática en que consistió la guerra; y con ello la mezcla de guerra moderna o de movimientos y antigua o de ciudades. Las batallas con empleo generoso de la caballería y en campo abierto fueron numerosas, pero también los sitios de ciudades, con asaltos. Y no sólo la guerra en el frente sino las frecuentes escaramuzas de retaguardia. Todo ello hace prolija en extremo la lucha, como muy bien queda expuesto en el libro.

De ahí seguramente proviene uno de los tópicos frecuentes sobre la historia militar de la Guerra de la Independencia y es verla como el triunfo del caos

sobre el orden y los planes estratégicos. Seguramente la aparente sensación de que todos los ejércitos tejían y destejían planes e iban y venían por los cuatros puntos cardinales sin afianzar definitivamente casi ninguna de sus conquistas, lo hace posible. O acaso la presencia en amplias extensiones del territorio de los guerrilleros, o esa mezcla de tropas regulares e irregulares, que hacía imposible dar por pacificada cualquier zona. Sin embargo ese fue precisamente el éxito último del ejército español y la razón del fracaso francés. Porque planes sí los tuvieron los imperiales: afianzar la ruta hacia Madrid, extenderla hacia Lisboa y Cádiz y completar la ocupación hacia el Mediterráneo y Galicia. Lo intentaron por dos veces en el 08 y de nuevo en el 10-11: era un plan claro y sencillo cuyos últimos objetivos nunca pudieron ser alcanzados y además debieron soportar que los problemas en la retaguardia fueran surgiendo a medida que se estiraban las líneas.

La clave estuvo siempre en cuatro factores, se deduce de lo que nos dice Emilio de Diego: dos permanentes y dos ocasionales. Los dos permanentes fueron las dificultades logísticas y sobre todo la capacidad del ejército español para rehacerse. Los ocasionales, las fuerzas anglo portuguesas y la necesidad de prescindir de tropas para atender a los frentes del este.

La logística y la geografía adquieren en el libro de Emilio de Diego una relevancia indudable. Tanto el transporte de tropas y material, como el de suministros siendo de escasa calidad en los tres ejércitos, fueron un factor diferencial decisivo a favor de las tropas británicas. Fue la consecuencia de la mayor eficiencia del transporte marítimo y de su dominio del mar, forjado en Trafalgar, se decía al principio. Sin él los sitios de Cádiz y Lisboa tal vez hubieran acabado de forma muy diferente y acaso la misma suerte de la guerra se hubiera visto comprometida. Por otra parte la logística poco podía sin un potencial económico decisivo y no se puede olvidar que Gran Bretaña era ya a esas alturas la cuna de la revolución industrial.

El ejército español, sin embargo, fue la clave de aquella situación, en nuestra interpretación. No por su capacidad para vencer, ciertamente, si no por su resistencia a extinguirse. Era un ejército no muy crecido en número, sin gran preparación ni armamento, con muchos mandos de no muy elevada calidad y con más rencillas que jerarquía, como explica Palafox en sus Memorias. Abigarrado hasta en la uniformidad, como nos cuenta una vez más Galdós y retrata en su magnífico cuadro sobre la rendición de Bailen Casado del Alisal. Un ejército que acaso hubiera hecho exclamar también al conde de Romanones “¡... que tropa!”. Fue un ejército derrotado una y otra vez, como nos relata minuciosamente Emilio de Diego, pero siempre rehecho tras cada una de ellas. Fue la suya una guerra de resistencia que dejó exhaustos a los imperiales y a merced en último extremo de las siempre oportunas puntillas anglo portuguesas. Su perseverancia lo hizo invencible. Esa es la historia que nos cuenta Emilio de Diego en un libro que se hace apasionante, conforme se adentra uno en él: la historia del fracaso de Napoleón Bonaparte.

Jesús Pabón habló del triple error de Napoleón en España: “monárquico, nacional y religioso”. El emperador, sin embargo, lo vio en Santa Elena de un modo más sencillo: “el éxito no podía ser dudoso; esta misma facilidad me extravió”. En realidad él se había traicionado a sí mismo, pues en 1794 había alertado ya contra una invasión de España.

